

Politización de la tecnología como crítica de la modernidad y del industrialismo, Andrew Feenberg en diálogo con G. Lukács y A. Honneth

Susana Barbosa (Universidad del Salvador) y Fernando Turri (Universidad de Buenos Aires)

Introducción

Andrew Feenberg, discípulo de Herbert Marcuse en La Jolla – California en los '70, se formó al abrigo de las líneas marxista y neomarxista del pensamiento occidental. El campo cognitivo que gira en torno a la técnica encontró su renacimiento desde los años '80 con las primeras publicaciones de Andrew Feenberg.

El autor canadiense realiza un estudio arqueológico sobre las teorías de la técnica del siglo XX y hace una tipificación sugerente: hay interpretaciones deterministas e interpretaciones culturalistas de la técnica. Mientras las primeras ponen el foco en el artefacto y en su gran influencia sobre el mundo social, las interpretaciones culturalistas se pierden en una fragmentación de especialidades que obstaculiza la investigación de la técnica¹.

Para el determinismo tecnológico, lo técnico está separado del mundo socio-cultural y lo influye como fuerza externa. Para el culturalismo es importante separar la diferencia aún si esta diferencia es irrelevante. Andrew Feenberg piensa que una teoría de la tecnología, quizá menos ambiciosa, puede evitar esta tensión entre dos teorías contrapuestas que son incapaces de acceder al qué y al cómo de la tecnología.

Esta teoría, a diferencia del determinismo tecnológico y del culturalismo tecnológico, es la *teoría crítica de la tecnología* y básicamente constituye una interpretación politizada de la técnica.

La racionalización subversiva y el indeterminismo como vías de politización de la tecnología

En un artículo de 1992 “Racionalización subversiva: tecnología, poder y libertad”² Andrew Feenberg afirma que “en las sociedades modernas la tecnología es uno de los recursos más

¹ -Feenberg, A., “From Essentialism to constructivism: philosophy of technology at the crossroads”, en Higgs, E., Strong, D. y Light, A., eds., *Technology and the Good Life*, Chicago, University of Chicago Press, 2000.

-Feenberg, A., “Teoría crítica de la tecnología”, *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad CTS*, (2), 5: 109-123, 2005, p. 10.

² Feenberg, A., “Subversive Rationalization: Technology, Power and Democracy”, *Inquiry*, núm. 35: 3/4, 1992.

importantes del poder público”. La tecnocracia, los expertos y las corporaciones profesionales tienen mayor poder de decisión en las democracias políticas que las instituciones de gobierno y lo hacen sobre los modos de producción y reproducción social como los 'patrones de crecimiento urbano', 'el diseño de viviendas', los 'sistemas de transporte' y la 'selección de innovaciones'.

El tema del relegamiento de las decisiones sobre las cuestiones industriales no es un tema de hoy, ya preocupaba a Marx, quien argumentaba que la teoría democrática tradicional se había equivocado al considerar a la economía como algo extra-político, regulado por leyes de oferta y demanda, y sostuvo que nos quedaríamos relegados y alienados en tanto no tuviéremos capacidad de decisión sobre cuestiones industriales³.

Una demanda del socialismo ha sido que la democracia se extendiera desde el poder político hasta la esfera del trabajo; pero aún sigue pendiente su cumplimiento. Y hoy, afirma Feenberg, no estamos más cerca de democratizar el industrialismo que en los tiempos de Marx. El argumento fuerte contra el cumplimiento de la democracia industrial es la teoría de la racionalización de Max Weber. Por eso Feenberg utiliza la expresión “Subversive Rationalization” para implicar un revés provocativo a sus conclusiones.

Para Weber la civilización occidental, con el proceso de racionalización creciente, con la racionalidad escindida e instalada en lo que Simmel llamara la 'tragedia de la cultura', avanzaba imparablemente al callejón sin salida, a la 'jaula de hierro'. Este diagnóstico lúgubre que está presente en Weber desde sus escritos de 1904, se completa con un código ético que acompaña los procesos de des-magización (*Entzauberung*), que escinde la racionalidad y que enfrenta a sus distintas esferas entre sí. Este profundo *giro* weberiano, la resignación y el pesimismo cultural en que se abismara su propuesta, encuentra su raíz en una máxima incrustada en su educación calvinista, la de la parábola de los talentos o, la de "sacar máximo partido de los talentos propios"⁴.

Volviendo a Feenberg, su expresión *racionalización subversiva* intenta provocar la desarticulación de la *contradictio in adiecto* de la expresión *racionalización democrática*. Esto significa que, desde el título, el artículo de Feenberg, rechaza la dicotomía *jerarquía racional-protesta irracional* que esconde la tesis de Max Weber. “Si la jerarquía social autoritaria es ciertamente un aspecto contingente del progreso técnico, como creo, dice Feenberg, y no una necesidad técnica, entonces debe haber una forma alternativa de racionalización de la sociedad para democratizar el control

³ *Ibid.*

⁴ Weber, M., *La ética protestante y el espíritu del capitalismo (Die Protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus)*, escrita en 1903 y publicada en 1904, se incluyó luego en su obra monumental, M. Weber, *Ensayos sobre Sociología de la Religión* (1920), trad. J. Almaraz y J.Carabaña, Taurus, Madrid, 1984; III Vol.; I 21, pp. 57-ss.

antes que centralizarlo. No necesitamos recurrir a lo subterráneo y originario para preservar los valores en peligro como la libertad y la individualidad”⁵.

El recurso de ir a lo subterráneo ha sido el que prefirieron Heidegger, Ellul y otros filósofos cuya concepción de la técnica es sustantivista; según estas teorías nos hemos reducido a objetos de técnica, incorporados dentro del mecanismo que hemos creado nosotros mismos. El dystopismo de estas interpretaciones se integra en una convicción, la reducción de la tecnología en general a la tecnología específica del siglo XX en Occidente. Feenberg rechaza el hecho de que esta última tecnología constituya un rasgo universal de la modernidad per se. Es una característica de una modernidad, la occidental.

Por otro lado como el dystopismo en tanto interpretación de la modernidad es también determinista, para afirmar el potencial democrático del industrialismo moderno hay que poner en duda sus premisas deterministas.

“El determinismo, he afirmado, está caracterizado por los principios del progreso unilineal y la determinación por la base; si el determinismo está equivocado, entonces la investigación tecnológica deber guiarse por los siguientes dos principios contrarios. En primer lugar, el desarrollo tecnológico no es unilineal, sino que se ramifica en muchas direcciones y puede alcanzar generalmente altos niveles a lo largo de más de una vía diferente. Y segundo, el desarrollo tecnológico no está determinado por la sociedad, sino que está sobredeterminado por ambos factores tecnológicos y sociales”⁶.

El peso de esta posición es político. En una sociedad donde el determinismo controla las fronteras de lo democrático, el indeterminismo es eminentemente político. Si la tecnología tiene muchas potencialidades inexploradas, los imperativos tecnológicos no son los que establecen las jerarquías sociales. La tecnología es un escenario de la lucha social, por las alternativas de la civilización en pugna.

Feenberg, lector de Heidegger

La filosofía de la técnica de Heidegger puede parecer a simple vista muy poco influyente a la teoría de Andrew Feenberg. Al comienzo de *Transformar la tecnología*, Feenberg clasifica a Heidegger dentro de las filosofías de carácter esencialista-sustancialista dado que, primero, se habla de una esencia que define a la técnica como algo autónomo, como si el ser humano no hubiera intervenido en su factura y, segundo, porque su acontecer histórico está enraizado en esta esencia. En esta medida, Feenberg rechaza ambas tesis de la filosofía heideggeriana de la

⁵ Feenberg, A., “Subversive Rationalization: Technology, Power and Democracy”, *Inquiry*, núm. 35: 3/4, 1992.

⁶ *Ibid.*

técnica, la tesis de la esencia como algo autónomo y la del acontecer histórico en aquella. Sin embargo, no por ello se pueden obviar los aspectos que sí serán importantes para la reformulación del concepto de técnica en clave política.

Uno de estos aspectos consiste en la semejanza que presentan ambos autores frente a un enemigo común: el instrumentalismo. Sobre todo el último Heidegger, y luego Feenberg, discrepan con la idea (muy extendida también en el sentido común) de que la técnica sea un mero medio o instrumento para el hombre porque no permite comprender la red de influencias que se entretajan entre ambas partes.⁷ En efecto, para ambos autores, la relación de la técnica y el ser humano es más compleja y rica, pues no hay una transmisión unidireccional de influencias. Técnica y ser humano son dos polos entrelazados el uno al otro susceptibles de ser afectados por las acciones y reacciones del otro.⁸

Pero una noción que Feenberg rescata con mucha fuerza del pensamiento de Heidegger se retrotrae a los tiempos antes de la célebre *Kehre*. Se trata de la noción de ser-en-el-mundo, uno de los existencialistas fundamentales del *Dasein*. Para la propuesta de una política de la tecnología, Feenberg ve en la categoría de ser-en-el-mundo [*in-der-Welt-sein*] (y sobre todo en mundo) una clave para entender el proceso de tecnificación del capitalismo contemporáneo y las alternativas que pueden ser implementadas.⁹

Siendo el mundo una totalidad de referencias entre útiles entre sí y útiles con el *Dasein*, se trata de la creación de determinadas cadenas de referencia que hacen pertenecer al *Dasein* y a ciertos útiles de un mundo determinado. Pero tales cadenas de referencias pueden ser modificadas. Un objeto, por ejemplo, es separado de la naturaleza y es agregado en un complejo técnico con otros objetos. Luego el complejo técnico es interpretado en su uso y función y asignado a una nueva cadena de referencias condicionadas por el contexto socio-cultural.

En el caso del capitalismo este proceso es impulsado bajo los imperativos de la ganancia capitalista y del poder tecnocrático-político. El capitalismo cuenta entonces con su propia cadena de referencias técnicas que determinan el carácter de la producción de objetos técnicos. No obstante, según Feenberg, el capitalismo presenta una especie de apropiación de lo técnico. Otras alternativas son posibles, pues la alteración de la cadena de referencias entre objetos y entre

⁷ Sobre la crítica de Heidegger y Feenberg al instrumentalismo ver Heidegger, M., "La Pregunta por la Técnica" en *Filosofía, Ciencia y Técnica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997, pp. 113-115 y Feenberg, A., *Transformar la Tecnología*, Universidad de Quilmes Ediciones, Bernal, 2012, pág. 24.

⁸ Heidegger, *op. cit.*, pág. 126 y Feenberg, "The Concept of Function in Critical Theory of Technology" en *Philosophy of Technology after the Empirical Turn*, Springer Verlag, 2016, pág. 298.

⁹ Feenberg, A., *Technosystem*, Harvard University Press, Massachusetts, 2017, pág. 140-141.

objetos y sujetos, puede dar lugar a nuevos procesos de producción técnica donde se contemplen otros aspectos de los artefactos y sean asignados a otro contexto socio-cultural junto a otras demandas y fines.¹⁰

Feenberg, lector de Marx

El vínculo de Feenberg con Marx representa su conexión con otras raíces filosóficas de las cuales puede extraer elementos importantes para su teoría crítica de la tecnología. Feenberg se interesa fundamentalmente por el aspecto que adquiere el ejercicio de la crítica en el pensamiento de Marx. Según aquel, Marx es uno de los primeros en haber lanzado una crítica al sistema capitalista en dirección a las bases escondidas a partir de las cuales funciona.

Así, para Feenberg existen dos tipos de sesgo [*bias*] escondido en un sistema racional. Por un lado el sistema puede estar fundado en un sesgo sustancial entendido como conjunto de creencias y prejuicios que influyen en juicios, decisiones y conductas que deberían estar basados en criterios objetivos. Este sesgo se denomina sustancial porque se trata del contenido de la creencia la que efectúa la influencia.¹¹ Pero también existen los sesgos formales, escondidos en el propio sistema pero que sólo pueden ser revelados mediante un análisis de su contexto. En este sentido, Marx, mediante su método de la crítica de la economía-política, fue un descubridor del sesgo formal del mercado capitalista.¹²

La teoría de la plusvalía es el hallazgo que revela el carácter irracional escondido entre los supuestos racionales de intercambio entre individuos jurídicamente iguales entre sí.¹³ El capitalista y el obrero, reunidos en el mercado, traban un contrato en el que pretendidamente el primero compra una cantidad (medida temporalmente) de fuerza de trabajo, mientras el segundo recibe a cambio una cantidad (medida en dinero) supuestamente correspondiente a la cantidad que vendió de su fuerza laboral. Sin embargo, como bien observó Marx según Feenberg, existía un sesgo formal en esta relación de compra-venta jurídicamente correcta. El capitalista, en realidad, contrataba al obrero por una cantidad temporalmente determinada de fuerza de trabajo, la cual, sin embargo, satisfacía, por medio del ejercicio de su trabajo, en una cantidad menor de

¹⁰ Feenberg, *Transformar la Tecnología*, *op.cit.*, pág. 290-291.

¹¹ Feenberg, A., "Le marxisme et la critique de rationalité sociale" en *Europe* 89° année N°988-989/Août-Septembre 2011, pág. 168.

¹² Feenberg, *op.cit.*, pág. 169-170

¹³ *Ibid.*

tiempo. Con lo cual, el equivalente a lo que había vendido de fuerza de trabajo el obrero lo realizaba en menor tiempo del estipulado. Luego, el capitalista se apropiaba de la riqueza excedente de aquel exceso trabajo (medido temporalmente).¹⁴

Feenberg denomina a esto el sesgo formal, descubierto por Marx en su análisis crítico del modo de producción capitalista. Ahora bien, independientemente de la validez o no de la teoría de la plusvalía, Feenberg ve aquí un elemento metodológico que puede ser aplicado al caso de la implementación de artefactos y sistemas tecnológicos. A diferencia de Marx, el sesgo formal técnico no está fundado en el derecho a la propiedad privada de los medios de producción del capitalista, sino en lo que Feenberg llama "autonomía operacional" que puede ser ejercida por el capitalista o sus equivalentes como los *managers*, gerentes e incluso también los técnicos expertos.¹⁵ Mediante la *autonomía operacional* el individuo tiene la libertad de decidir los diversos aspectos involucrados en el proceso de producción tecnológico: elección de materiales, diseño, aplicaciones y sus límites, contextos de uso, etc.; y por lo tanto, también tiene el poder de decidir sobre los intereses que van a estar mejor representados en esa tecnología, es decir, hacia los cuales estará más orientada para su satisfacción.

En esta medida en que lo técnico se entrelaza con los intereses y valores sociales, es decir, con lo social, Feenberg observa que tiene lugar un concurso de luchas para definir el modo en que será producida y aplicada la tecnología.

Feenberg y Honneth, una puesta en diálogo

Axel Honneth, el discípulo de Habermas, ha dado un giro a la teoría crítica del Instituto de Investigación Social de Frankfurt que implica por lo menos dos cosas. Por un lado es un giro teórico del reconocimiento¹⁶ y este giro se basa en una auténtica vuelta a Hegel con la recuperación de varios sus leit motiv del período de Jena.

En el artículo que Honneth escribió como entrada para un diccionario: "comunidad"¹⁷, su texto presenta la claridad que el formato exige y hace un recorrido por las transformaciones históricas que el concepto ha tenido. Desde que Ferdinand Tönnies utilizara el tema de la integración social como criterio para dividir la 'comunidad' de la 'sociedad' -con el fin de analizar el proceso de

¹⁴ Marx, *El capital*, Tomo 1, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pág. 148-149.

¹⁵ Feenberg, 2011, pág. 176.

¹⁶ Honneth, Axel - Fraser, Nancy, *¿Redistribución o reconocimiento?* Morata, Madrid, 2006, pág. 101.

¹⁷ Honneth, A., "Comunidad: esbozo de una historia conceptual" (orig. "Communauté" 1996) *Isegoría* (Madrid), N° 20, 1999, pp. 5-15.

modernización desde la perspectiva de la retracción de la solidaridad institucionalizada-, el par conceptual *comunidad-sociedad* se volvió indisoluble en el discurso académico europeo. Pero había sido Hegel quien sentara las bases para la distinción de Tönnies ya que a la hora de elaborar su sistema había tenido bien presente todas las teorías de comunidad y sociedad que existían a principios del siglo XIX para subsumirlas en la tripartición categorial de familia, sociedad civil y estado. Tomamos dos significados actuales de comunidad de los varios que da Honneth, uno se intercambia en la filosofía moral y el otro en la sociología. El primero compromete un estrato previo de valores compartidos y se pondera el elemento que en el sentido del modelo hegeliano de eticidad subraya que los sujetos en la vida social también se unen unos con otros por orientaciones axiológicas. El segundo coloca la solidaridad en primer plano y subraya el hecho de que los sujetos requieren un grupo estimulante para garantizar su identidad.

En algunos de sus textos medulares, Andrew Feenberg cuando habla de la sociedad en términos generales, no se refiere a la sociedad en términos de racionalización weberiana, como ya vimos supra; parece referirse más bien a la comunidad, sobre todo cuando se refiere a la unión de un grupo cuyo compromiso con un cúmulo de valores éticos y estéticos que se comparten, lo empodera para arremeter, desde el código técnico, una democratización del diseño tecnológico.

Conclusiones

Podemos leer muchos de los textos de Feenberg como si leyéramos ensayos de divulgación. Pero su escritura amable y, en apariencia, simple, tiene una caja negra cuyo desciframiento insume un tiempo de relecturas. De eso se ha tratado esta propuesta, de abrir la caja negra de parte de su teoría, de decodificar las fuentes de la tradición en las cuales abrevara y de proyectarlo en un diálogo del todo ficticio con el filósofo alemán Axel Honneth. Qué tienen en común? Tienen un pasado compartido, una historia de autores asumidos como maestros, Herbert Marcuse, George Lukács, K. Marx, M. Heidegger y un Instituto al que están ligados, el Instituto de Investigación Social de Frankfurt.

Nuestra incursión en sus textos nos habilita para considerarlo un legítimo heredero de la teoría crítica, y perteneciendo a una nueva generación del mítico Instituto de Investigación Social. Debido menos a cuestiones de espacio que de tiempo, hemos omitido el texto referido a Lukács, del que se dará cuenta en la exposición oral.

--

